UNIVERSIDAD
ACADEMIA
DE HUMANISMO CRISTIANO

Cuerpo, Poder y Placer. Disputas en hombres jóvenes de sectores empobrecidos

Klaudio Duarte Quapper

Resumen

Los procesos de construcción de identidades de cada sujeto y de los colectivos sociales se verifican desde antes de nacer hasta después de sus muertes, a contrapelo de lo que las escuelas tradicionales y conservadoras de las ciencias sociales han señalado respecto de ciertas definiciones que se tomarían en lo que denominan la etapa juvenil. En esos procesos los componentes de género, generación y clase juegan roles vitales. En este texto, abordamos las construcciones de identidades en hombres jóvenes de sectores empobrecidos, que se despliegan en el contexto de un país con desigualdades significativas en la distribución de su riqueza y una marcada influencia en la imposición de estilos de vida que deshumanizan e inhiben el despliegue autónomo de sus sujetos. Esas imposiciones se clavan sobre los cuerpos, en especial en el de los varones jóvenes, produciendo enajenación de su propia corporalidad, pretensiones de omnipresencia por hipergenitalización y castración por efectos de la sobre represión. Señalamos pistas para la acción pedagógica popular que construya con los propios jóvenes, con otras y otros, procesos para la reapropiación de sus cuerpos, para compartir-se desde nuevas experiencias corporales y para experimentar placeres diversos en sus relaciones cotidianas.

Palabras claves: Jóvenes, generación, hombres, género, cuerpos, poder y placer.

Abstract

The processes of building the identity of each subject and the social communities are verified before they are born and after their death, against what the traditional and conservative social sciences schools have pointed out about certain definitions that are tackled in what we know as youth. In these processes gender, generation and class components play essential roles.

In the following article we deal with the building of identity in young males from impoverished areas, which display themselves in a context of a country with meaningful inequity in the distribution of its wealth and a strong influence in life styles imposition that dehumanize and inhibit the autonomous display of the subjects (people). Those impositions are stuck on the bodies, especially on the bodies of young males, causing alienation of their own corporality, pretension of omnipresence because of hiper genital and emasculation (castration) due to an over repression.
We point out hints for the popular pedagogical action that contributes with the young males themselves, with other processes to get their bodies back, to share – themselves -from new bodily experiences and to experiment different pleasures in their everyday relationships.

Key words: youngsters, generation, males, gender, bodies, power and pleasure.

Cuerpo, Poder y Placer. Disputas en hombres jóvenes de sectores empobrecidos

Klaudio Duarte Quapper[1]

Uno. Preparándonos para mirar

Para vos, lo peor
es la libertad.
Estoy rodeado de viejos vinagres,
todo alrededor.
SUMO

El contexto en el cual se ubica y comprende este discurso analítico es el de un país que se pretende alcanzando el desarrollo y superando o dejando atrás los vestigios de una sociedad con tasas de pobreza y exclusión importantes. Chile, se ha pretendido –desde los discursos de sus grupos dirigentes y capas enriquecidas- como un país modelo en economía para el resto de la región y el mundo. Sin embargo, las cifras que se muestran del crecimiento macroeconómico se t ensionan y contradicen fuertemente con aquellas que muestran por ejemplo las desigualdades en la distribución de la riqueza, siendo Chile hoy el segundo país de peor distribución en el continente, delante sólo de Brasil. Producto de lo anterior, han de considerarse un conjunto de desigualdades sociales en educación, salud, condiciones la-

[1] Educador Popular y Sociólogo chileno. Docente de la Universidad de Chile y de la Universidad Jesuita Alberto Hurtado. cduarte@uchile.cl

borales, vivienda y desarrollo urbano que más que distorsiones del mercado, constituyen expresiones concretas de lo que dicha organización de la economía va produciendo en nuestras sociedades.

En ese contexto de supuestos y cuestionables logros económicos, los cambios culturales tampoco han estado ajenos, pues a lo que se pretende significar como un país moderno no le han seguido ni acompañado transformaciones significativas en los modos de relación y en los imaginarios sociales. Si observamos nuestra sociedad desde la pregunta por las relaciones de género y de generación veremos que se mantienen las viejas prácticas de orden patriarcal (Montecino, Sonia; 1996) y adultocéntrico (Duarte, Klaudio; 1994) que han caracterizado las sociabilidades de nuestra historia[2]. Por ejemplo, a pesar de los cambios de los roles jugados por las mujeres en la cotidianidad –mayor presencia en el espacio laboral fuera del hogar, presencia en funciones de dirección de distinto tipo, manejo autónomo de recursos económicos, acceso a educación superior, etc.–, ello no ha significado necesariamente para ellas una mayor valoración de sus aportes y capacidades. Más bien lo que ha implicado es una "modernización" de los formatos de esa dominación patriarcal, que hoy se viste de liberalismo y de supuestas igualdades.

En las relaciones generacionales lo que podemos observar es un afianzamiento cada vez mayor de las capacidades de los grupos adultos para ejercer control sobre niños, niñas y jóvenes[3]. De manera similar, lo que se ha producido en lo cultural son actualizaciones de los modos de relación que se adecuan a la presencia cada vez más masiva de grupos de jóvenes que hace cincuenta años no se manifestaban en nuestras cotidianidades. Sin embargo, la queja juvenil es respecto de fórmulas permanentes de maltrato, exclusión, invisibilización y subvaloración de sus aportes y capacidades. Lo anterior es expresión de conflictos entre grupos generacionales que se verifican en las familias, en los espacios educacionales, en los medios de comunicación, en diversas instituciones en que ambas generaciones se vinculan, entre otros espacios.

Este es una pincelada a un contexto que para los hombres jóvenes de sectores empobrecidos resulta adverso y a ratos dramático. Falta de posibilidades y apoyo para llevar a cabo sus expectativas es parte del reclamo permanente de estos varones.

Dos. Sexualidades en contextos de empobrecimiento creciente

Sexo compro,
sexo vendo,
sexo arriendo,
sexo, sexo, sexo...
Los Prisioneros

Las vivencias de la sexualidad, en este contexto, resultan fuertemente incididas por esas carencias materiales en que vive buena parte de la población y también por el discurso dominante que tiende a resaltar valores con orientación conservadora. Este discurso insiste en plantearse desde la lógica de una sexualidad centrada mayormente en las prácticas asociadas a la reproduc-

[2] **La matriz patriarcal** sustenta la elaboración de discursos, prácticas e imaginarios discriminadores de lo femenino a favor de lo masculino, produciendo condiciones de desigualdad para las mujeres y para quienes han hecho opciones sexuales no heterosexuales. Así, se pone en condición de valor y poder a las y los hombres heterosexuales por sobre las mujeres y por sobre otros hombres que no cumplen dicha condición. En tanto, la **matriz adultocéntrica** define las relaciones en nuestras sociedades, en que lo adulto es lo valioso, lo que sirve y existe, mientras que lo juvenil –aquello producido y reproducido por las y los jóvenes- no tiene valor, no sirve y es invisible. De esta forma a las y los jóvenes se les ningunea, se les saca de la historia y se les posterga para el futuro - el futuro adulto- momento en que sí podrán opinar, siempre y cuando cumplan con los roles y deberes que se les han asignado.

[3] Alarmante resulta en nuestras sociedades, los altos niveles de exclusión y marginación que vive la población adulto-mayor y que todo parece indicar se agudizarán en el próximo tiempo que viene: sociedades que están en procesos de transición demográfica y que en diez años más tendrán cerca del doble de población en este grupo.

ción y a la generación de familias nucleares, a las que se les concibe como la unidad básica de la sociedad.

Desde esa racionalidad, las experiencias de sexualidad son promovidas como una cuestión individual y privada, que no merece –ni necesita– ser compartida con otras y otros, tampoco requiere ser un tema del que se hable en la sociedad. Así el discurso de algunas jerarquías eclesiales y políticas, de algunas corrientes médicas y psicológicas y de otras ciencias, tiende a reforzar un imaginario social en que lo que prima es la noción de "sexualidad igual problema social", si no se desarrolla dentro de los cánones impuestos.

Junto a esta lógica, y en tensión con ella, se observa un discurso muy fuerte en los medios de comunicación social, que insisten en promover la vivencia de una sexualidad como si ella estuviera asociada a prácticas de consumo. De esta manera, por medio de la pornografía, el culto a una cierta belleza física, la promoción de una erótica genitalizada, la cosificación de la mujer y a ratos del hombre, entre otras formas, se va promoviendo una sensibilidad social que hace de la experiencia de sexualidad una reducción al cuerpo, construido éste como objeto de compra y venta, reducido éste también a sus genitales.

Así, se ofrece en el mercado la posibilidad de adquirir cierto bienestar en la medida en que se ve, se toca, se penetran cuerpos que deambulan por los imaginarios sociales desprovistos de espíritu, rasgados de los afectos, separados del amor. Se trata entonces de ofrecer la felicidad como objeto de consumo, sólo que en el mismo movimiento que se la oferta, aparece el discurso represor, que golpea la mano de quien busca tocar. Aparece el garrote moralizante que desatará su furia contra quien se atreva a participar de este mercado. Zanahoria y garrote, ese es el eje de la racionalidad dominante en materias de sexualidad. Ella es internalizada por niños, niñas y jóvenes que viven sus experiencias desde el miedo, la culpa o el reventón.

De esta manera, la sexualidad, reducida a objeto-cosa transable en el mercado, va perdiendo capacidad de constituirse en motor de vida, en germen de autoestima, en posibilidad de crecimiento y felicidad para las y los sujetos, en especial para las y los jóvenes, que son altamente bombardeados por los discursos mediáticos que imponen esta racionalidad de sociedad hipergenitalizada. Las mujeres pierden su condición de tal para ser transformadas en bustos, traseros o vulvas, mientras que los hombres son reducidos a su falo o a sus músculos si ellos son "atléticos". Estos mensajes nos pretenden hacer creer que vivimos en sociedades que se destapan, que se abren, que se liberan..., a nuestro juicio no son sino otras nuevas formas de encubrir sexualidades reducidas y asociadas al consumo y la deshumanización, a la cosificación y la construcción de un imaginario sexual en que prima el tener-poseer por sobre el ser.

La construcción de identidades, entonces, se va articulando en este contexto lleno de tensiones, de avances, de retrocesos, de logros y de pérdidas. Las identidades juveniles poseen características de vertiginosidad, impulsadas y contraídas por el propio contexto en que se construyen.

Particular importancia tiene la socialización de lo sexual en esos procesos juveniles, a los que los hombres de sectores empobrecidos acceden con privilegios, pues las mujeres aún son confinadas a los quehaceres domésticos y al cuidado de sus hermanas y hermanos más pequeños, y si salen a la calle, muchas veces ha de ser con la protección de sus amigos hombres o de sus parejas, si es que las tienen. Ahí, en la calle, los hombres jóvenes aprenden "cómo hacerlo" en la intimidad sexual y se configuran las normas -tradicionales y novedosas- que se transmiten entre generaciones de jóvenes.

Estas identidades individuales y grupales se van tejiendo en procesos complejos, en que los estilos (contra) culturales van aportando rasgos de identidades a las y los jóvenes y les permiten

tomar posición y ubicarse en el mundo local y a ratos de mayor alcance. Esa toma de posición viene de la mano de la construcción de autoimágenes y de proyectos personales y colectivos. Esos proyectos constituyen un cable a tierra respecto del presente y les perfilan al futuro. Desafío de mayor potencialidad si consideramos el futuro como aquello que son capaces de construir hoy y no como un mañana inexistente y ambiguo. Así las identidades juveniles se construyen en un permanente diálogo con lo que cada cual va viviendo en este momento de su vida y lo que desea desplegar. Dicho diálogo expresa una tensión, un rollo, aquello que posiblemente no se resolverá nunca, pero que alienta a caminar en pos de su solución, aquello que se va transformando en utopía...

En el caso de los hombres jóvenes, la construcción de sus identidades de género posee un fuerte arraigo inconsciente en el período preescolar, un refuerzo durante el crecimiento y un *estallido* en el tiempo de vida juvenil. Todavía en el tiempo de vida adulta –socialmente así definido- es posible que esas identidades tengan modificaciones y ajustes a propósito de nuevas búsquedas o experiencias fortuitas que cada sujeto vive. Esta mirada hace énfasis en el carácter procesual y sin fin de la construcción de identidad.

En cuanto a la socialización de género, lo que se constata es la ausencia de modelos de identificación masculina, que sean tangibles para los niños varones que para suplir esta ausencia se acercan e identifican con modelos de masculinidad lejanos y que están socialmente construidos: futbolistas, héroes de dibujos animados, galanes de telenovelas, artistas, etc., que aparecen como imágenes idealizadas e inalcanzables. La identificación con ellos lleva a tratar de ser algo que nunca podrá ser. De esta manera la identidad masculina en formación está relacionada con aquello que no es: no existe un referente claro masculino y también lo femenino o las mujeres constituyen una negación: ***lo que no se debe ser.*** Debe considerarse además que estamos en un contexto que desvaloriza e invisibiliza lo femenino y da poder y autoridad a lo masculino.

Posteriormente en el mundo juvenil, la tendencia a la autonomía de la familia por parte del hombre le permitirá dar cuenta de una prueba permanente a la que será sometido: ***de-mostrar que es hombre***. Por ello la violencia, la sobreexaltación de los caracteres considerados masculinos, la lejanía de todo aquello considerado como débil o pasivo y la inclusión de la mentira como elemento que permite fantasear e inventar permanentemente el ideal de ser hombre. Un alcance importante es respecto de ***la mentira***, ya que ella actúa como mecanismo para la construcción de la masculinidad y al mismo tiempo es manifestación de ella. Las mentiras serían el dispositivo que acompañan toda la vida a los hombres y que les permite dar cuenta de una cierta necesidad compulsiva, permanente y obsesiva de estar afirmando esa virilidad: siempre dispuesto al sexo, agresivo, activo, no me duele, no me interesa, lo importante está afuera. El problema es tanto la creación de las mentiras como que los hombres necesitamos creer en ellas para sentirnos seguros de lo que construimos. La necesidad de la mentira devela ***la fragilidad*** en la construcción de la masculinidad, por su alto nivel de dependencia de la aprobación y aceptación de otros y otras. *Es la metáfora del afiche precioso que necesita ser exhibido permanentemente. Pero que cuelga de un alfiler...* (Salas, José; 1996).

En este proceso el grupo de hombres jóvenes en la calle constituye el espacio privilegiado para esta demostración. Será en ese lugar social en que cada joven podrá construirse para otros y ganar aceptación y prestigio. Los cambios corporales llevarán a la necesidad de afirmación y redefinición del proceso identitario vinculado a los cambios corporales y a la ebullición de los impulsos sexuales. Los jóvenes acentúan su machismo, su oposición con el mundo de los adultos y adultas y el peso de los semejantes se acrecienta: fuerza física, exponer conquistas femeninas y mostrar agresividad conforman algunos de los componentes prin-

cipales. La violencia en el mundo juvenil tiene entre otros factores causales esta necesidad de demostrar fuerza y control por parte de los hombres, que bajo la lógica de "no dejarse pasar a llevar" y de manejar la situación, recurren a la violencia como forma de resolución de conflictos.

El grupo de la calle se constituye en el espacio para la socialización de la masculinidad y de sus expresiones machistas más radicales: irresponsabilidad, indomesticación, conquista, descuido y desprecio por los quehaceres domésticos. En este grupo se establecen los ritos de pasaje de la masculinidad entre los que se cuentan las peleas, las masturbaciones colectivas y hasta hace un tiempo, la primera ida al prostíbulo, que hoy ha tomado otras variantes incorporando directamente relaciones con muchachas de cierta cercanía como competencia ante sus amigos (Rebolledo, Loreto; 1998).

De esta forma la masculinidad es una permanente prueba de autoafirmación y de demostración a los ojos de los demás de la virilidad heredada *por los caracteres sexuales y la hombría* construida con dolor y esfuerzo. Las identidades masculinas son el premio al fin del combate, el triunfo sobre las pruebas, la superación del límite difícil de identificación de los cambios corporales (Duarte, Klaudio; 1999).

Tres. Experiencias de sexualidades masculinas juveniles en este contexto: cuerpos enajenados, poder omnipresente y placer castrado.

Me gusta todo de ti,
pero tú no,
tú no,
tú no.

Joan Manuel Serrat

En el contexto antes descrito y como un proceso dinámico, los hombres jóvenes van construyendo sus identidades masculinas. En ese camino, sus experiencias de sexualidad se constituyen en un pilar de las identidades en construcción. El estallido de lo sexual en la pubertad y en su período posterior, la pregunta por la orientación sexual que acompaña las decisiones de afectos y vínculos íntimos, los tipos de relaciones de pareja que se establecen, van configurando un cuadro relacional de sexualidades vividas como permanentes tensiones en los sectores empobrecidos.

Dichas tensiones se manifiestan entre las ganas de conectarse a lo placentero que esas experiencias les pueden significar, con las condiciones de carencia que viven y también con los discursos moralizantes que los grupos conservadores hegemónicos instalan con fuerza; todo ello les lleva a conectarse más bien con el temor, la angustia y la culpa. Sobre los discursos dominantes ya señalamos algunas ideas en la contextualización de esta presentación; ahora bien, respecto de las condiciones de carencia, ellas se advierten en la dificultad e imposibilidad de acceder a información de calidad en torno al inmenso caudal de novedades que se abren en sus vidas –lo que les lleva a informarse de manera inadecuada, privilegiando la construcción de mitos y mentiras en torno a las prácticas sexuales- y a la falta de medios –especialmente de espacio físico- en los cuales desplegar intimidad consigo mismo y con sus eventuales parejas.

A estas tensiones hemos de agregar la posibilidad de una opción sexual homosexual, la que todavía cuenta con el repudio de buena parte del mundo adulto y de sus instituciones, lo que les lleva a vivirla como una opción que ha de esconderse y manifestarse sólo en ciertos círculos subterráneos y clandestinos. En tanto, la actitud de los hombres heterosexuales, si bien con mayor apertura que hace décadas, aún sigue siendo conflictiva, ya que estos hombres homosexuales les recuerdan permanentemente aquello que no deben-quieren ser. Por ello, la apertura que mencionamos es aún discursiva y no se plasma necesariamente en actitudes de respeto y establecimien-

to de relaciones de compañerismo. Ser hombre joven homosexual en sectores empobrecidos implica en nuestros días una tendencia mayoritaria a la exclusión de ciertos circuitos culturales juveniles y a la reclusión –como encarcelación- de las posibilidades de despliegue de sus opciones sexuales con apertura e intensidad.

En este proceso de experiencias de sexualidad masculina juvenil y de construcción de identidades masculinas, un eje vital lo juega el cuerpo. En la triada relacional con otros hombres, con las mujeres y consigo mismo, cada hombre joven va produciendo representaciones sociales sobre los cuerpos que aparecen mayormente como cuerpos en disputa. Estas representaciones se nutren, y alimentan al mismo tiempo, de imaginarios simbólicos y prácticas cotidianas que van construyendo un estilo relacional que exige atención ante los modos en que se materializan estas experiencias de sexualidades que hemos venido analizando. Por ello, nos interesa interrogarnos por ¿cuáles son los modos de relación que los hombres jóvenes de sectores empobrecidos asumen con sus cuerpos para vincularse con otras y otros en sus espacios cotidianos?

Una de las manifestaciones más claras de la influencia patriarcal en la conformación de las identidades masculinas está en los tipos de relaciones que se enseñan a cada hombre con su cuerpo y con los cuerpos de los otros y otras. Desde las imágenes que han convertido los cuerpos masculinos y femeninos en objetos de consumos, hasta las concepciones religiosas que construyen cuerpos como objeto de culto y veneración, por lo tanto reproducción del templo de Dios. También se observa la ausencia del cuerpo y de lo corporal como parte de las demandas, reivindicaciones y propuestas de muchos movimientos sociales que no han dejado entrar en sus apuestas políticas la intimidad física y el contacto de la piel.

Cuerpo y masculinidades poseen una alta potencialidad en la construcción identitaria de los hombres jóvenes, ya que a través de sus imágenes de cuerpos y de los vínculos que establecen con los cuerpos circundantes es que van definiendo buena parte de sus modos de relaciones de género. Al mismo tiempo y desde la potencialidad enunciada, un eje relevante para la construcción de alternativas políticas de resistencia en perspectiva de liberación pasa por la construcción de nuevos modos de relación con esos cuerpos y nuevas valorizaciones de las posibilidades que desde ahí se abren.

Al menos tres relaciones abordaremos en esta reflexión. Son intuiciones investigativas y que se nutren desde las conversaciones con hombres jóvenes, de sectores empobrecidos. Buscamos abrir y problematizar una temática invisible en nuestra sociedad occidental, pero invisible por *mal hablada.*

i. Cuerpos enajenados

Una de las ideas fuerza con que se van configurando las identidades masculinas juveniles se vincula con el establecimiento de un tipo de relación de cada muchacho con su propio cuerpo, esta relación está mediada por un imaginario que releva la noción de cuerpo como *instrumento para hacer*. Ese instrumento es el que le permitirá relacionarse con otras y otros, establecer las distancias necesarias –por cercanía o lejanía- para configurar sus afectos, temores, deseos y rabias. Es decir, su cuerpo aparece en un primer momento como un instrumento para la expresión de sus sentimientos y sensaciones, pero, la socialización patriarcal le ha llevado a dejar fuera de esas sensaciones y sentimientos a expresar, especialmente aquellas que culturalmente están asociadas a lo femenino, como la ternura, la pena, el dolor, la incertidumbre, la inseguridad, y negarse, por lo tanto, a vivirlas como una posibilidad también masculina.

En ese sentido, el instrumento cuerpo va recibiendo una serie de estímulos que inhiben estas expresiones para no parecer como pasivo y por lo tanto feminizado, y se tiende a sobreactuar

aquellas que le permitan de-mostrarse como activo, fuerte, recio entre otras. El instrumento cuerpo entonces es resultado de la producción simbólica patriarcal, pero al mismo tiempo la expresa y reproduce, en una condensación de negación del sujeto joven varón.

Esta instrumentación del cuerpo masculino se acentúa por la falta de conciencia de éstos respecto de que poseen un cuerpo, ya que la relación que se les enseña-impone, tiende más bien a posicionarles a ellos como externos a sus cuerpos, o si se quiere a esos cuerpos como algo exterior, no íntimo, no propio, incluso no vinculado con su ser.

Este proceso no sólo transcurre en la intimidad de la vida personal o de pareja, sino que se expresa en los diversos modos de relación que se establecen cotidianamente en espacios de casa, calle, escuela, trabajo, organización, iglesia, partido, etc.

Hombres sin cuerpo, pero al mismo tiempo con sus cuerpos como instrumento principal. Por una parte, hombres enajenados de sus cuerpos por cosificación del mismo para establecer relaciones. Es decir, su cuerpo reitera la instrumentalización en tanto es usado como un objeto que permite aparecer y ser en público ante las y los demás. Su cuerpo le expresa, por ello la imagen tiende a responder a lo que desde las agencias de socialización se le impone, es decir, hombres centrados en la fuerza y la conquista. Su cuerpo es su carta de presentación que se debate –usando imágenes polares- entre *la magnificencia* de un luchador y *lo impecable* de un ejecutivo bancario. Ambos remiten al joven de sectores empobrecidos a un imaginario de cuerpo que difícilmente se logra, pero que en la cotidianidad se esfuerza por cumplir[4].

Por otra parte, esta instrumentalización se verifica como hombres enajenados de sus cuerpos por ausencia de vínculo íntimo, es decir desconocimiento de lo propio. Por ejemplo, las experiencias de masturbación refuerzan esta situación, ya que ellas están suelen estar centradas en caricias sólo a su pene, por lo que otros posibles rincones de placer, en su propio cuerpo, no son ni abordados ni reapropiados.

Este desconocimiento, no saber cómo es, cómo funciona, qué tiene su cuerpo, se centra muchas veces en el miedo al cuerpo masculino, aprendido en el límite de la construcción de su masculinidad heterosexual esperada socialmente. Es tan fuerte la presencia del fantasma que acosa dicha construcción, que se opta por evitar cualquier contacto con otros hombres y también consigo mismo.

Esta relación con su cuerpo se refuerza con el proceso de enajenación del cuerpo de otros y otras. Ya hemos señalado y podemos profundizar un poco más en que se tiende a evitar el contacto con otros hombres, pero el contacto que se elude es de la intimidad, el de la caricia, el que nos puede feminizar y volver homosexuales. Por ello, en este ámbito de la enajenación, el golpe, el palmetazo, la patada se vuelven necesarias para mantener la distancia, evitar la cercanía y al mismo tiempo (de) mostrar la fuerza y la actividad. Por ningún motivo puede abrirse una experiencia erótica entre hombres.

Tal como señalamos, buena parte de la violencia juvenil, mayormente masculina, puede explicarse sobre todo por una necesidad de establecer diferencias con otro al que debo aniquilar para reafirmar mi propia identidad. Al mismo tiempo de matar al diferente, con la violencia sobre otros construyo una imagen de conquista que feminiza –vuelve pasivo y derrotado- al contrincante construido, es decir me construyo como héroe, gano la batalla, gano en hombría, refuerzo mi virilidad. Cuerpos enajenados que no se encuentran y si lo hacen están montados en sus cabalgaduras, vestidos con armaduras y simulan *tocarse* a través de las puntas de sus lanzas.

[4] Es necesario considerar que existen otras imágenes, pero a modo de ilustración usamos esa polaridad.

En la relación con las mujeres y sus cuerpos esta enajenación genera estilos de vínculos marcados por una erótica, que en su verificación, va deshaciéndose-negando las manifestaciones de ternura y entrega. Se reduce el cuerpo femenino a aquello que culturalmente se ha construido como objeto de pecado social y al mismo tiempo placer masculino. Las mujeres van siendo reducidas por los imaginarios a su vulva, su trasero y sus senos. Son estos íconos femeninos los que adquieren importancia casi exclusiva para la mirada masculina, que no logra ser horizontal sino que está condicionada a ser diagonal y hacia abajo, a la altura de las caderas.

Dentro de este ámbito se desarrolla una relación de externalidad con el cuerpo de la mujer, ya que se desea poseerlo y no conocerlo. Dicha posesión está marcada por la cosificación y la utilización que despersonaliza al cuerpo e invisibiliza a la mujer volviéndola un objeto de placer, negando afectos, sentimientos y las historias que se portan. De esta manera se va confundiendo la amistad posible con llegar a la cama a tocar y penetrar. Se imposibilitan conexiones con otros ámbitos de sus vidas –la propia y la del otro u otra- y se va reduciendo la relación a cuerpos que se vinculan sin afectos como intercambio y trueque de mercancías de piel sin sensibilidades.

El espacio más ambiguo en la sexualidad masculina juvenil es el de la protección ante el embarazo y el SIDA. Ellos realizan una división sexual de las responsabilidades ya que plantean que a la mujer le corresponde hacerse cargo de los anticonceptivos orales (pastillas) "porque ella se las toma", mientras que a los hombres les corresponden los preservativos "porque él se los pone".

Estos cuerpos enajenados son una forma, sexual, o si se quiere sexoide, de negar el sujeto, de impedir su emergencia y despliegue.

ii. Cuerpo sin placer

En esta relación, y siguiendo lo anterior, encontramos experiencias juveniles de ausencia de placer. Un primer elemento a debatir es la permanente y generalizada confusión entre eyaculación y orgasmos en el mundo masculino y particularmente en el mundo juvenil de sectores empobrecidos. Es tal el desconocimiento de las propias potencialidades y capacidades masculinas de experimentar placer que la asociación más directa a esto refiere a lo que se denomina orgasmo y ello aparece como sinónimo de eyaculación.

Vamos por parte. La eyaculación es producto de una reacción que, fruto de una excitación que va en aumento, genera en un momento máximo la salida de esperma, en algunos casos acompañadas de contracciones pélvicas. Eso, que es una condición biológico-física del varón, no necesariamente implica la experimentación de orgasmo. Aquí nace una confusión que no se resuelve sólo señalándola por escrito, sino que se aborda interrogándose, por ejemplo: ¿cómo son los orgasmos masculinos? ¿Podremos experimentar orgasmos sin eyaculación? ¿Qué es lo que produce orgasmos en los hombres?

Si la eyaculación no es sinónimo de orgasmos, entonces podemos preguntarnos qué son los orgasmos. En ese momento de la reflexión podemos establecer el vínculo con el placer, ya que los orgasmos nos aparecen como una forma física de placer, en que el cuerpo masculino se entrega a la posibilidad de contacto e intimidad con otro u otra con quien busca experimentar la dicha.

Placer como encuentro, pieles desbordando, sensaciones emergiendo desde adentro hacia fuera y recogiendo lo que tú mismo, el otro u otra van pegando a tu propia piel, a tus propias entrañas. Placer como entrega y desvanecimiento de las ataduras y armaduras, placer como apertura al vacío que se produce de buscar no sé qué incertezas. Placer como pérdida de control, como soltar el timón y dejarse llevar. En este ámbito percibimos confusiones que requieren ser abordadas.

Este placer no se obtiene sólo en lo que se denomina en nuestra mal habladuría el acto

sexual. Placer que no puede ser reducido a los coitos –es decir, relaciones sexuales con algún tipo de penetración- sino que ha de ampliarse a la experimentación y conocimiento de los diversos rincones de placer que cada hombre posee en su cuerpo.

Esos rincones permanecen, en la mayor parte de los hombres jóvenes de sectores empobrecidos, como ignorados. La socialización patriarcal de género ha centrado la sexualidad masculina en su pene, generando un imaginario falocéntrico que le hacer ver en su miembro –particularmente cuando está erecto- la espada de He Man que salvará al mundo. Por eso los miedos al tamaño pequeño, porque pone en cuestión una condición vital de la masculinidad en construcción, su potencial sexual, que es medida en racionalidad patriarcal por el rendimiento de su falo en coitos sucesivos y públicamente en cantidad de hijos e hijas que se reconocen tener.

Esa centralidad en el pene, lleva a ignorar otras zonas del cuerpo, las que no son indagadas. El cuerpo masculino se va convirtiendo en un conjunto de rincones invisibles, a los que se les desconoce y sobre todo no se les reconoce la capacidad de generar placer. Así, los dedos de los pies, la espalda, axilas, glúteos, rodillas, nuca, manos, perineo, lengua, cabeza, entre otras, no son conocidos ni imaginados como lugares de placer y si se les considera, es mayormente como el precalentamiento rápido y breve para tener el placer que sí estará en el coito, es decir en la penetración (en Chile se habla de Sexo Express, como alternativa ante la vida agitada de la ciudad).

Lo anterior nos lleva a la pregunta que ya mencionamos respecto de si podrá un hombre tener placer y orgasmos sin penetración. ¿Será que ella es inevitable y condición para el placer? A la confusión que ya señalamos podemos agregarle esta ignorancia respecto de los cuerpos masculinos.

Otra forma de negación de este placer está en el temor, que ya hemos señalado, manifiesto y latente a la homosexualidad masculina. En este caso, un hombre que se define como heterosexual, tiende a ver la penetración anal, de parte de la mujer hacia el hombre, como una práctica no posible en la pareja. Es decir, por más que sea la pareja mujer con la que está en vínculo, la penetración anal es representada como práctica de feminización, pasividad y ser poseído o poseída para quien es penetrado. Ni siquiera es aceptada como juego sexual y cuando es referida a manera de pregunta, como posibilidad, genera risas, chistes y finalmente miradas sospechosas respecto de la posible orientación homosexual de quien la instala en la conversación.

Al mismo tiempo, la experiencia del coito se representa para ellos como la búsqueda de posesión sobre otra u otro, como castigo más que como placer y entrega. Es el símbolo de la penetración construido socialmente a través de siglos de dominación patriarcal, como un acto de conquista y sometimiento de quien penetra hacia quien es penetrada o penetrado. Por ello en nuestro lenguaje cotidiano, existen en cada país y región formas lingüísticas que refieren con groserías a la penetración como un acto de subordinación, de imposición de fuerza, incluso de castigo. Es un acto de poder, de control, en definitiva de dominación.

De esta forma, el cuerpo masculino se va mutilando, va perdiendo rincones para quedar castrado y solo remitido a un artefacto-cosa que se empleará para cumplir la tarea socialmente demandada y hacerlo con la capacidad esperada. Desde aquí se asume que el hombre debe dar placer a la mujer, y el suyo, sólo depende de sí mismo y si ella aporta, que no sea sobrepasando los límites de lo activo-pasivo ya señalado. Es un hombre hecho de partes inconexas entre sí.

Cuerpos castrados. Cuerpos que no se entregan por temor, cuerpos que se protegen ante fantasmas que van generando cada vez más soledad e inseguridad. Se copula muchas veces, con diferentes mujeres u hombres, más no necesariamen-

te se consigue felicidad y placer. Más bien el sentimiento reconocido en ellos es el de la soledad, una cierta desprotección afectiva, algo queda faltando en su interno. Por ello muchas veces contar –echar cuentos- de sus conquistas les permite racionalizarlas y no conectarse con lo que a ellos les pasó en esa experiencia sino que se centran en lo que hicieron, cómo lo hicieron, cuántas veces lo hicieron y no en lo que sintieron, percibieron. Es la negación del vacío que acompaña a sus experiencias de intimidad.

Sujeto que niega su posibilidad de placer, sujeto que se repliega e inhibe en sus posibilidades de despliegue. Sujeto que no conecta sus afectos al placer, sujeto que no deja a su cuerpo ser generador de placeres propios y placeres compartidos[5].

iii. Cuerpo poderoso

Este miedo a experimentar nuevas sensaciones y a ser poseído lleva a muchos hombres jóvenes a no darse la posibilidad de un encuentro en que puedan ser llevados y conducidos por su pareja a experiencias de placer. *Dejarse hacer* es significado como un modo pasivo de relación que quita control, ya que otro formato de estas representaciones se relaciona con la tensión de modelos que están en la base de los conflictos de poder que enfrentan en estos momentos de sus vidas.

En esa tensión de modelos, la imagen del hombre que conquista no sólo se plantea para seducir y "llevar a la cama", sino también respecto de cómo "hacerlo en la cama". No sólo se conquistan territorios –la calle-, mujeres –la pareja-, sino que también los espacios de relación cotidiana. Se imponen las ideas, se lleva la iniciativa, se generan vínculos de dependencia económica. En la intimidad del vínculo de cuerpos que se buscan con deseo, la disposición a controlar y hacer, a llevar la batuta y ordenar, es una condición de posibilidad para los hombres jóvenes, pues ello les permite "hacerle el amor" a su pareja.

Esta experiencia de poder, se alimenta de aquella que se manifiesta en los diversos ámbitos de la cotidianidad de cada sujeto joven; la intimidad no es otra cosa que el resultado de dicha cotidianidad. Por ello se puede violar a la pareja –"tirársela aunque de maña"- es decir, penetrarla aunque no quiera, usar la fuerza, imponerse. Por eso se puede tocar y abrazar a todas las mujeres posibles, pero se le impide a la pareja mujer que sea tocada-abrazada por otro varón. Estas expresiones masculinas, nos hablan de hombres *bien hombres*, es decir aquellos que cumplen a cabalidad con lo esperado: ser reproductores.

Al mismo tiempo han de ser *buenos como hombres* es decir, cumplir sus roles de protectores y proveedores. Esta última cuestión es cada vez más incierta y difícil para los jóvenes de sectores empobrecidos, ya que la organización de la economía de mercado, con ideología neoliberal, tiende a expulsarles de las posibilidades de conseguir el sustento para su grupo familiar. Por ello necesita sobreactuarse en otros planos, en el de la reproducción, aparece como muy seguro y potente, ya que en lo económico está puesto en cuestión. Bien hombres y buenos como hombres, dos posibilidades para consolidar su poder.

Poder remite en la experiencia de cuerpos masculinos al afianzamiento de los privilegios, status y ventajas que el contexto patriarcal impone. Se trata de cuerpos en disputa que producen poderes en disputa. Las capacidades de resistir de muchas mujeres jóvenes a estas situaciones han generado interesantes cuestionamientos a estas prácticas que ponen interrogantes a estos estilos de relaciones. Una cuestión interesante es este poder omnipresente masculino, que va quedando en evidencia cuando es delatado-develado en sus formas latentes. Por ejemplo, por medio de actitudes que han sido naturalizadas y asumidas como parte integrante de la convivencia hu-

[5] No lo desplegamos ahora por espacio, pero hemos constatado la queja de muchos hombres jóvenes en diversos Talleres, respecto de que esta imagen de hombre falocratizado es también la que tienen muchas mujeres que no buscan más allá que el coito y que su pene. El temor a ser considerada prostituta que plantean las compañeras mujeres se vuelve complementario a esta queja masculina.

mana y en particular entre géneros: hombre que necesita – mujer que satisface; hombre activo – mujer pasiva; hombre público sin propietaria – mujer propiedad privada de su pareja. La omnipresencia no hace sólo referencia a un poder totalizador, sino también a una suerte de naturalización de lo que es mostrado como algo que siempre ha sido así; fatalismo estructural, por lo tanto imposible de cambiar.

Al mismo tiempo el poder se manifiesta respecto de sí mismo, con la imagen de poseer un cuerpo rudo, que tiene aguante. Por ello es posible el reventón, el desmadre en las cantidades de consumo (volumen e intensidad). Quien más aguante (de) muestre, mayor reconocimiento y admiración ganará en su grupo o espacio social. El cuerpo al servicio de ese objetivo, ganar prestigio en el medio (Abarca, Humberto; 2001).

Los cuerpos masculinos, experimentados como hemos relatado, permiten la construcción de relaciones de poder que generan violencia, posesión y muerte en vida para las mujeres o para muchos hombres con opción homosexual. Para los propios varones, sus cuerpos les significan enajenación de sí mismos y de otras y otros; mutilación y castración de placeres sexuales; relaciones de poder autoritarias.

De esta forma, la construcción de identidades masculinas termina siendo un simulacro para los jóvenes, una (sobre) actuación en que prima una falsa identidad fundada no en lo que *se es*, sino en lo que socialmente *se espera que sea*. Sujeto que no es, sujeto que simula ser lo que le han impuesto. Sujeto que se construye sin pérdida de los privilegios que nuestra sociedad patriarcal les ha dado.

Cinco. Desafíos para las prácticas organizativas y educativas: humanidad, placer y liberación

Tengo un corazón,
mutilado de esperanza y de razón.
Tengo un corazón,
que madruga donde quieras.
Juan Luis Guerra

Hemos relevado en esta presentación el carácter procesual y dinámico, por lo mismo cambiante y heterogéneo, que tiene la producción de *identidades masculinas juveniles. Es importante* en ese contexto, considerar las posibilidades que se abren para fortalecer las incipientes y a ratos contradictorias opciones que los hombres jóvenes plantean. Esto porque a pesar de la criticidad con que hemos abordado la relación de cuerpo, poder y placer en ellos, también podemos afirmar la existencia de algunos balbuceos o experiencias iniciales respecto de experiencias diferentes y alternativas a las que analizamos.

De ninguna manera, esas prácticas o discursos tartamudeados por algunos hombres constituyen modelos explícitos o masivos, sino más bien son la respuesta muchas veces atolondrada y tímida ante las exigencias y desafíos que los procesos vividos por las mujeres van planteando. Por ejemplo, que la conquista ya no sólo es masculina, que la iniciativa en la intimidad sexual se puede compartir, que ellas pueden dirigir y conducir procesos políticos, que las compañeras pueden llevar el peso de la economía doméstica, que tienen derecho al placer, que ellas son inteligentes y con capacidades de elaboración teórica, entre otras manifestaciones de nuevos modos de expresión femenina en nuestras sociedades.

Estos balbuceos son una buena noticia, constituyen una apertura de posibilidades para que la resistencia de algunas se convierta ahora en resistencia de ellas y ellos, para comenzar a elaborar alternativas a la masculinidad tradicional, tanto en los espacios propios de la cotidianidad como

en las distintas expresiones de la organización social. En ese sentido se propone pasar de la disputa patriarcal y adultocéntrica que recae sobre los cuerpos masculinos en la construcción de sus identidades a una disputa ahora por nuevos modos de apropiación de sus cuerpos como posibilidad de humanización, ejercicio de otros poderes y de liberación. La experimentación de placeres sexuales en hombres jóvenes, puede ser una señal a considerar en el camino de reconstitución de estos sujetos que se empoderan en sus vidas.

Dado que el modelo que existe y se impone es el tradicional y hegemónico de masculinidad, asentado en las nociones patriarcales de relaciones sociales, la pregunta que surge en ellos es ¿cuál modelo seguir?; aunque podríamos contrapreguntarles: ¿por qué habría que seguir un modelo y no recrear permanentemente los modos de ser y de hacer? Junto a lo anterior, los hombres jóvenes se plantean la interrogante: ¿estoy dispuesto a perder los privilegios de la masculinidad tradicional? Esa es la tensión, *entre ser lo que ofrece el modelo adultocéntrico y patriarcal o construir estilos propios, nuevas formas de relación consigo mismo, con las mujeres y con otros hombres, asumiendo las posibles pérdidas de privilegios en ese intento.*

Es decir, la interrogante es una pregunta por el poder, por la capacidad de construirlo en los distintos ámbitos de vida, la capacidad de tener decencia y crecer en autonomía como sujeto. ¿Están las y los jóvenes dispuestos a construir ese poder colaborativamente? Esta situación ha de ser analizada por la fuerte tensión que se genera al indagar por la coherencia entre los discursos que plantean estos jóvenes y las experiencias cotidianas que viven. Algunas investigaciones muestran cómo hoy se avanza más rápido en la capacidad de repetir discursos que se presentan como alternativos a las masculinidades hegemónicas tradicionales, pero muy lento aún en la transformación profunda y sostenida de las relaciones de los hombres jóvenes, con las mujeres, con otros hombres y consigo mismos.

De esta forma, proponemos gatillar procesos de concientización en el mundo juvenil masculino –y femenino- respecto de estas nuevas posibilidades. Para ello es necesario considerar algunos de los desafíos que se plantean en específico para los hombres jóvenes. En términos globales podemos decir que soñamos con conseguir:

- identificar y asumir la desprotección afectiva para enfrentar la sobreactuación y caricaturización del ser *bien hombre* o *bueno como hombre*;

- desafiarse a construir identidad para ser *un buen hombre.*

Volviendo sobre las relaciones que se establecen con los cuerpos masculinos, de parte de los propios varones jóvenes, planteamos la generación de alternativas desde tres relaciones de nuevo tipo: ante cuerpos enajenados construir *cuerpos reapropiados;* ante cuerpos con poder omnipresente construir *cuerpos que sean colaboradores*; ante cuerpos con castración del placer construir *cuerpos gozadores y placenteros*. Para cada una de estas relaciones, balbuceos de alternativas, señalamos algunas pistas que reiteran y muestran sueños que surgen desde los discursos juveniles masculinos:

Cuerpos reapropiados

- promover y fortalecer conductas que animen la expresión afectiva corporal,

- conocimiento de las propias cosmovisiones masculinas,

- activarse ante sus derechos sexuales y derechos reproductivos como varón,

- hacerse responsable de la decisión por continuar o no teniendo hijos-hijas e intervenir su propio cuerpo, no siempre el de su compañera.

Cuerpos compartidos

- resolución de conflictos por métodos no violentos y de colaboración,
- conocimiento y respeto de las cosmovisiones femeninas,
- quitar la presión social por (de) mostrar que se es hombre,
- participación activa en los quehaceres domésticos y la crianza de hijos e hijas,
- articulación de relaciones de pareja horizontales y democráticas,
- compartir y aceptar el aporte femenino a la provisión del grupo familiar,
- aceptación de la participación protagónica de la mujer en espacios y organizaciones sociales, políticas y pastorales.

Cuerpos placenteros

- reconocimiento del cuerpo masculino y sus posibilidades de placer y expresión,
- disposición a entregarnos en el amor, la afectividad y la intimidad sexual,
- conocer los rincones de placer de sus cuerpos.

La posibilidad de compartir decisiones también es planteada por los hombres jóvenes como un ideal a vivir, lo que abre un camino, ya sea en el día a día, como en la noche a noche de la vida juvenil. Lo mismo en lo que refiere a la violencia en la pareja, que constituye un supuesto de muchas investigaciones de masculinidad. Ella no aparece aceptada entre los hombres jóvenes[6], pero sí se muestra en otros ámbitos de las relaciones diarias. Sin embargo, su planteamiento es que no están de acuerdo y no la comparten, por lo que se abre la posibilidad de generar procesos de resocialización y de apertura a la ternura, al diálogo y al respeto de lo diverso distinto de mí, aunque no por eso desigual. A diferencia de las generaciones anteriores existe hoy una disposición que debe convertirse en acciones concretas de parte de los hombres jóvenes de sectores empobrecidos.

Un elemento central, que orienta dichas posibilidades y desafíos, es la certeza de que tal como la masculinidad tradicional surge y se va consolidando en la historia, como un estilo de relaciones que niega la dignidad de hombres y mujeres, es posible entonces desde la generación de una corriente contracultural, contraproponer actitudes, valores y estilos de relación que vayan en la perspectiva de una masculinidad alternativa. Las posibilidades de construir nuevas formas de relaciones de género en que hombres y mujeres se constituyan como sujetos en proceso de permanente liberación, es una condición de posibilidad para ese carácter alternativo que se pretende encontrar.

Lo anterior adquiere consistencia política si agudizamos la mirada en las relaciones sociales que se generan y reproducen cotidianamente. En ese marco la pregunta por el poder que se está construyendo en las relaciones de género ha de ser el prisma para intervenir políticamente. Esto porque se ha llegado a una cierta folclorización y vaciamiento de contenido de algunas demandas hacia los hombres y respecto de las relaciones de género. En Chile por ejemplo, se habla de los "hombres metro-sexuales" para presentar una alternativa masculina al patriarcado tradicional. Sin embargo, dicha experiencia se reduce a hombres que se preocupan de su presentación física (peluquería, manicure, combinaciones de ropa) y que *ayudan* a las mujeres en los quehaceres domésticos. Lo primero refiere a una provocación consumista, que para los hombres jóvenes de sectores empobrecidos es una burla y una imposibilidad, y lo segundo, no cuestionan las relaciones de poder autoritario que caracterizan al patriarcado, más aún, aparece como una forma nueva –en con-

[6] Esto necesita ser confrontado con las víctimas materiales de la violencia, las mujeres jóvenes, niñas y niños.

texto neoliberal- de encubrir formas antiguas de dominación.

Las identidades de género y de generación, ser hombre joven, junto a los aportes de la clase: ser hombre joven de sector empobrecido, señalan un conjunto de atributos que van mostrándose con claridad día a día y que exigen de la investigación social y la acción comunitaria una atención particular. La mirada hacia o desde este sector debe buscar ser caleidoscópica, única posibilidad para dar cuenta de su riqueza y pluralidad.

Bibliografía

Abarca Humberto. 2001. *Crónicas del aguante.* En hombres: identidades y violencia. José Olavarría, Editor. FLACSO, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Red de Masculinidad/es Chile. Santiago.

Duarte Klaudio. 1994. *"Juventud Popular. El rollo entre ser lo que queremos o ser lo que nos imponen".* LOM Ediciones, Santiago.

Duarte Klaudio. 1999. *"MASCULINIDADES JUVENILES EN SECTORES EMPOBRECIDOS. Ni muy cerca ni muy lejos, entre lo tradicional y lo alternativo".* Tesis para optar al Título de Sociólogo. Universidad de Chile. Santiago.

Montecino Sonia. 1996. *"Devenir de una traslación: de la mujer al género o de lo universal a lo particular".* En Montecino S. y Rebolledo L. Concepto de Género y Desarrollo. Universidad de Chile, PIEG, Santiago.

Rebolledo Loreto. 1998. *"Género y espacios de sociabilidad. El barrio, la calle, la casa...".* Universidad de Chile, PIEG, Santiago.

Salas José. 1996. *"La mentira en la construcción de la masculinidad".* En Revista Costarricense de Psicología, Nº 24. San José, Costa Rica.